

EL BEKIRENT QUE FUE O QUE PUDO HABER SIDO - FANTASÍA EN SEIS ACTOS.

Primer acto:

Hulk había ordenado un alto en el camino y permanecía en pie, observando atentamente el paisaje que le rodeaba, mientras los componentes del grupo descansaban sentados junto a sus bultos y sus animales.

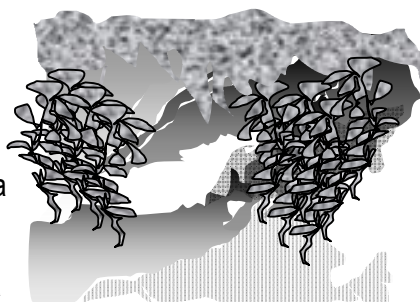
Iban caminando hacia donde sale el sol, y la parte derecha de su ruta estaba bloqueada por una montaña de gran frondosidad, poblada de árboles de todo tipo y de arbustos con bayas y frutos que le resultaban familiares. Hulk pensó que sería un excelente lugar para buscar hongos y frutos silvestres, y también para cazar animales de gran tamaño que, sin duda, vivirían en las zonas boscosas.

El terreno en el que estaban asentados era quebrado y con ondulaciones, pero con bastantes claros y plataformas en las que, con poco trabajo, se podrían sembrar algunas de las semillas que guardaban en las alforjas de piel que guardaban entre sus pertenencias, y donde podrían pastorear sin peligro los animales que les acompañaban.

Un poco más adelante, casi a sus pies, un pequeño curso de agua que bajaba de la montaña, cruzaba el valle buscando el río que habían dejado atrás a su izquierda, en el fondo del barranco.

Y, sobre todo, y este era el motivo de que se hubieran detenido cuando todavía el sol estaba sobre sus cabezas, junto a él, en una oquedad de la piedra, se encontraba la entrada a una cueva de boca estrecha, fácil de cerrar por las noches, que, en una primera inspección, parecía acogedora, sólida y espaciosa en su interior.

Lo más probable es que el grupo hubiera pasado de largo buscando internarse en los montes y bosques situados más adelante, pero el azar quiso que una familia de conejos se cruzara en su camino y que, espantada, corriera a esconderse en una espesa mata de zarzas.



Hulk, curioso y buen cazador, se adentró entre la maleza buscando localizar una madriguera que les proporcionara algo de carne para la cena, cuando descubrió la boca de la cueva, prácticamente cegada por la vegetación.

Su grupo, compuesto por unos sesenta miembros, venía huyendo de otros clanes hostiles que les acechaban continuamente tratando de robarles sus cosechas y sus pertenencias. Por razones difíciles de explicar, su gran familia parecía ser de una especie diferente entre sus iguales.

Aunque pertenecían a una misma cultura, el grupo de Hulk era mucho más paciente, laborioso y sedentario que el resto de sus congéneres.

También eran, con mucho, los más organizados: vivían en abrigos estables; practicaban la agricultura ayudándose con aperos y herramientas muy sencillas pero eficaces que ellos mismos construían. Sus ropas estaban confeccionadas con más paciencia y solidez que las del resto, fabricaban en piedra y hueso sus utensilios de pinchar y cortar, tanto para uso doméstico como para la caza, y modelaban el barro para fabricar cántaros y cuencos.

Incluso se permitían adornarlos con marcas y hendiduras que realizaban con cuchillos y punzones, o con esas extrañas conchas, parecidas a las que veían de tanto en tanto pegadas a

las rocas. Las habían cambiado por pieles a un grupo nómada que provenía de las tierras bajas, y que les contaron historias fantásticas sobre llanuras de arena dorada junto a un gran lago de aguas azules, siempre en movimiento, que no sabían dónde empezaba ni dónde terminaba.

La familia de Hulk hacía todas estas cosas porque así las hicieron sus padres, aunque también habían aprendido artes y habilidades de otros individuos que se desplazaban por su territorio huyendo del frío o del calor, o buscando intercambiar objetos y alimentos.

Sin embargo, como ya se ha dicho, este ser diferentes a los demás les estaban creando demasiados problemas, porque los varones de grupos vecinos preferían cazar para alimentarse, y les robaban sin escrúpulos cuando la caza no les resultaba suficiente para comer o para cambiarla por herramientas o utensilios.

No es que la familia fuera temerosa o no se defendiera con firmeza e incluso con violencia si llegaba el caso, pero el esfuerzo de proteger sus bienes y su independencia les estaba creando tantas dificultades que, un buen día, Hulk reunió a la familia y les propuso dejar aquellas tierras y buscarse un territorio propio donde pudieran trabajar y vivir solos y en paz, propuesta que todos aceptaron sin dudarlo.

Por fin, pasado un rato, Hulk cesó en sus meditaciones y tomó una decisión:

Aquella tierra de valle entre montañas, con tierras fértiles y agua abundante, en la que habían encontrado **una gran cueva escondida entre zarzas, sería su nuevo territorio**

Segundo acto

El día había sido muy caluroso y Ablón aprovechó la leve frescura de la tarde para sentarse en el banco de piedra situado junto a la fuente de la Mallaeta, a la sombra de los árboles que la rodeaban.

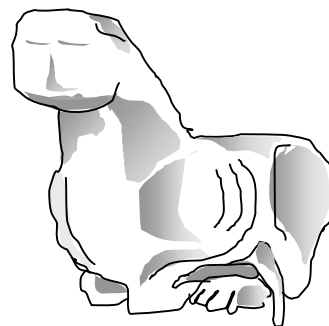
La fuente estaba algo retirada del centro del poblado, casi pegada a la muralla que lo protegía, pero era uno de sus sitios preferidos por la paz del lugar, siempre amenizada por el fluir del agua de la fuente, y por la extraordinaria vista que le regalaba la parte norte de la Sierra Mariola.

El altiplano que empezaba justo a sus pies corría desde este punto hacia el este, rodeado de montañas frondosas con algún que otro pico de notable altura, y surcado por cursos de agua como el que nacía desde esta misma fuente o desde las entrañas de los montes cercanos.

Ablón era el magistrado del pueblo, y venía de una reunión en la que se habían pactado fórmulas de cooperación y de intercambio de alimentos, bienes y utensilios con los representantes de los otros poblados de la zona.

La reunión había sido fácil y amena porque hacía bastantes años que no existían conflictos entre los pueblos vecinos y, afortunadamente, las únicas veces que se producían encuentros era para intercambiar productos en mercados improvisados, o para celebrar fiestas.

La orografía de la montaña y la riqueza de sus recursos había fomentado la creación de varios asentamientos, algunos pequeños y otros de más importancia, como el situado a media jornada hacia el este, en la loma contigua al pico de Mariola, pero Ablón era consciente de que el suyo era el más próspero y adelantado de todos, como lo evidenciaba la solidez de su muralla - necesaria otrora - la armonía de sus edificaciones, el buen trazado de sus calles, y su templo, con los escalones de piedra tallada que servían de acceso al pórtico



elevado y adornado por la pareja de leones de excelente talla, en actitud vigilante, que parecían proteger al templo de presencias indeseables.

Ablón abrió su pequeño zurrón del que extrajo un puñado de higos secos regalo de otro magistrado que había acudido a la reunión, llenó con agua de la fuente el recipiente que siempre le acompañaba, se acomodó en el banco, suspiró, dio gracias a los dioses por bendecirle a él y a su familia con semejantes regalos y **se dispuso a disfrutar del nuevo atardecer**.

Tercer acto:

Abdel Aziz Fâtin Ibn Abdel Rashîd (1) se sentó en la otomana del mirador de su casa, abalconada sobre el río Clariano frente a la fértil Mariola, con ese gesto tan especial, como dejándose caer, que suele culminar el final de una tarea de la que te sientes especialmente satisfecho.

Abdel Aziz saboreaba sin prisa sus impresiones de los últimos días mientras disfrutaba de las primeras horas de la mañana de agosto. El espectáculo, por repetido, no era menos grato y sorprendente.



Los primeros rayos de sol habían disipado las nieblas producidas por la evaporación de la humedad de la montaña, pero aún quedaban los últimos girones enganchados en los pinos y los árboles frutales que pueblan los bancales de la sierra, como resistiéndose a desaparecer y ceder todo el espacio a la brillante luz del nuevo día.

Se escuchaba el fuerte piar de los vencejos y las golondrinas mientras trazaban rutas imposibles en el aire persiguiendo a los insectos y, allá en lo alto, una pareja de águilas reales vigilaban atentamente su territorio en busca de una presa propicia.

Era un espectáculo similar al que podía contemplar muchas otras mañanas, pero siempre resultaba sorprendente y casi mágico.

En aquella ocasión Abdel Aziz, decidió alargar un poco más su primer momento de descanso. Hacía ya un buen rato que los primeros rayos de luz asomaron por encima de las montañas de la lejana Xativa recordándole que era el momento de la oración. Había orado, se había purificado y, tras los primeros alimentos, se sentía especialmente agradecido y en paz.

A mayor abundamiento la terraza estaba inundada por el aroma inconfundible de ese té especial de la lejana Arabia, tan difícil de conseguir por la distancia, que había recibido como regalo de Al-Idrisi, viajero culto y errante que transitaba por la zona y que, al ver aparecer la sorprendente imagen de Bekirent por detrás de la última curva del “Barranc de la Fos”, decidió hacer un alto en su camino y permanecer en la villa durante unos días para disfrutar de sus espacios y recovecos.

El sorprendido viajero quedó realmente enamorado de la belleza de la villa y de su excelente organización, fruto de unas normas de convivencia nacidas al calor de la experiencia de muchos años y de la sabiduría popular.

El día de ayer había despedido a Al-Idrisi al que confiaba en ver de nuevo, quizás en otro lugar, y dos días antes había recibido una extensa carta de su primo Abû Bakr Muhammad ibn Ahmad Ibn Ruhaim en la que, entre muestras de afecto y sentimientos de añoranza por su Bekirent

amado, le contaba las últimas novedades de su Sevilla actual, a la que fue llamado para ejercer el puesto de Visir y Almojarife.

Abdel Aziz era el Al-Caid de Bekirent, por la Gracia de Alá, y el heredero de una tradición de hombres responsables que mediaba en los pleitos, aconsejaban en las decisiones y escuchaban, siempre escuchaban, a los agricultores, artesanos y comerciantes de la villa.

Ese día, pues, se sentía especialmente feliz y, sobretudo en paz. El pueblo seguía su curso de vida normal, con muchas rutinas, alguna que otra alegría y pocos sobresaltos. El mercado iba ganado en prestigio y ese lugar privilegiado llamado Bekirent, asentado sobre una roca en la que algún visionario de siglos atrás había montado su primer campamento, se había convertido en un lugar de paso entre las montañas del este y la altiplanicie del oeste, para asombro de los viajeros que lo desconocían y descanso de los que lo transitaban.

Las posadas del pueblo eran cálidas y familiares, sus calles y tabernas animadas, y la seguridad se había mejorado con las últimas fortificaciones y con las frecuentes batidas de castigo que mantenía alejadas a las partidas de maleantes y de saqueadores de caminos

Dentro de un rato tendría que dejar su rincón de paz desde el que se sentía único e importante, como si los montes, las acequias, los bancales y los animales que transitaban por los caminos fueran de su exclusiva propiedad, para atender a sus obligaciones de Al-Caid, pero mientras...

El día era hermoso y los presagios excelentes, **gracias sean dadas a Alá Todopoderoso...**

Cuarto acto

El Batle Joseph Cerdá, hijo de Ginés Cerdá y Juana Gaset, subía fatigosamente por la “escaleta del Carabassi” acompañado por su “Lochtinent” y por el “Jurat en Cap”, alumbrados por sendos faroles de mano que reflejaban la luz en la humedad de las piedras de las paredes y la calzada en aquella fría noche de otoño.

Venían de una reunión de Jurats que, contra la costumbre, se había celebrado en la ermita de San Juan a petición de un vecino del barrio, de muy avanzada edad y prácticamente imposibilitado, víctima del comportamiento innoble de uno de sus vecinos.

Efectivamente el perjudicado, Vicent Bodí, de 75 años, declaró, y así se había podido comprobar, que su vecino, Joan Silvestre, había aprovechado su lamentable estado para retirar la cerca de madera que separaba las pequeñas huertas de sus respectivas viviendas con la intención de hacerlas figurar como un solo huerto anexo a su casa y de su propiedad.

El caso les había llegado por denuncia de otro vecino que, percatándose del hecho y sin temor a represalias, lo había puesto en conocimiento de la autoridad.

Joan Silvestre no había tenido más remedio que reconocer hechos tan evidente y el tema había irritado especialmente al Batle, no demasiado joven en aquellas fechas, por la villanía que suponía abusar de un vecino viejo, impedido y sin familia próxima que le protegiera, hasta tal punto que, en contra de lo que en él era habitual, había perdido la imparcialidad y recomendado “als Jurats” que fueran especialmente severos con el acusado a la hora de dictar fallo.



La verdad es que los últimos tiempos estaban siendo bastante agitados para Joseph Cerdá y para el resto de estamentos de la villa: “Jurats”, “Officials”, “Consell Particular”,...

Incluso, en el último año, los tres pregoneros habían tenido que convocar en dos ocasiones a los vecinos de Bocairent a un “Consell General” en la Iglesia Parroquial para tratar asuntos de mayor trascendencia y para dar ciertos poderes al Síndico de la Villa en las Cortes Generales.

También los “Patronatos sobre los Templos” mostraban una actividad casi frenética en su afán por mejorar las ermitas y oratorios, o por dotarlos de una mayor presencia e influencia en la actividad religiosa de la villa.

En efecto: “Obrers de la Sglesia”, “Basiners de les Mises” y cualquier persona relacionada con la Iglesia Parroquial o con cualquiera de los templos, competían noblemente por arrimar la mejor ascua a su Virgen o a su Santo.

No obstante, y en contra de lo que pudiera parecer, el Batle, cristiano viejo y convencido, estaba especialmente satisfecho por lo agitado de su mandato porque, excepto casos aislados como el que le ocupaba en el día de hoy, semejante actividad era debida, casi exclusivamente, al importante auge que estaba tomando la villa.

Las razones eran varias: por una parte el clero, pujante, fomentaba construcciones religiosas que atraían artistas y artesanos de la piedra y del ladrillo. Los mercados, concurridos, requería nuevos espacios para los puestos y los animales de carga, y el transitar de viajeros y mercancías por la ruta del Clariano demandaba posada y lugares de descanso donde hacer un alto en el camino.

Todo ello obligaba a mejorar los abastecimientos de agua, los desagües, y el planteamiento urbano de la población, y también a multiplicar los controles sobre el mercadeo y la salubridad, a cargo del atareado Mustasaf.

Tampoco faltaba mes en el que se viera en la grata obligación de atender y recibir a visitantes ilustres del mundo de la política o de las artes, junto a dignatarios de la “Santa Mare Esglesia Católica” que tanto gustaban de hacer escapadas a la “muy devota villa de Bocairent”, como era el caso del Arzobispo y Virrey de Valencia, Don Juan de Ribera.

Pero eran tiempos modernos y un Batle, por mucha que fuera su capacidad y su sabiduría, no tenía posibilidad real de intervenir y manejar correctamente todos los asuntos del pueblo

Por esta razón se había llegado a una organización potente y eficaz, regulada por leyes y normas que le permitían delegar y fraccionar responsabilidades, y documentar tareas, acuerdos y decisiones entre grupos y cargos de elección popular, (Jurats, Officials, etc).

Naturalmente, todos ellos tenían la obligación de rendir cuentas al Batle que, en cualquier circunstancia, era la última autoridad y el que avalaba las propuestas y firmaba las decisiones.

Todo ello rondaba por su cabeza mientras apuraba los últimos peldaños de la escalera, pensando en que el día llegaba a su fin y que después de la cena frugal que solía prepararle su esposa, Lluisa Valleriola, de compartir con su hijo Guillem Raymundo las experiencias del día, y de la oración familiar dando gracias por los favores recibidos al “Nostre Senyor”, a la “Mare de Deu” y a “Sant Jaume”, santo de su especial devoción, le quedaría un buen rato para disfrutar de su momento de lectura y de soledad, alumbrado por dos velones de buena cera y por los reflejos del fuego de la chimenea.

Probablemente empezaría con el libro de cartas morales, muy amenas por cierto, de una joven monja castellana que ejercía de trotamundos y de azote de la pereza, Teresa de Ávila, que le había prestado el Párroco, Mossen Joaquim.

Es posible que continuara con alguna poesía de Ausias March para relajar su espíritu o, si tenía más humor, con los relatos de un libro que le había traído de Valencia su buen amigo Frances, el Síndico, escrito por un militar lisiado, que estaba empezando a publicar sus obras, al parecer con bastante éxito, llamado Miguel de Cervantes.

Todo ello mientras saboreaba con calma una copita de ese licor tan especial fabricado con anises, aguardientes y hierbas de la sierra Mariola, según la receta tradicional heredada de los árabes que poblaron e ilustraron la villa de Bekirent.

Una de tantas cosas y costumbres que se prolongaron en el tiempo después de la llegada a las tierras Valencianas de Nuestro Señor Don Jaime I, llamado el Conqueridor porque, verdaderamente, valió la pena conservarlas.

Quinto acto

Joan Mira entró en su casa, saludó brevemente a su familia y se encerró directamente en la salita que le servía de despacho. Necesitaba tranquilizarse y meditar la situación en la que se encontraba inmerso como consecuencia de la sucesión de acontecimientos que afectaban a Europa, a la nación española y, como consecuencia, a la propia villa de Bocairent, de la que era Alcalde.

Corría el año 1917 y, por desgracia, el nerviosismo y el temor condicionaba la vida de los bocairentinos, maltratados por una serie de circunstancias y acontecimientos que les golpeaban una y otra vez como si de una plaga bíblica se tratara.

¡Años difíciles los que estaban pasando!. La subida de precios y lo bajo de los salarios propiciaban un clima de nerviosismo y malestar que se evidenciaba en hechos tan absurdos como el altercado que se produjo durante la proyección de una película en la plaza de toros a consecuencia de un corte en la cinta que tardaba en repararse, y que terminó con la quema de la pantalla de proyección.



No era de extrañar teniendo en cuenta la sucesión de malas noticias: 150 trabajadores de la fábrica de Beneyo Hermanos se declararon en huelga indefinida reclamando mejoras salariales; la Sociedad Textil y Fabril La Victoria, fundada hacía poco, había expulsado a 6 de sus afiliados por indisciplina; se habían producido refriegas entre sindicalistas y esquirols en un mitin de la plaza de toros, continuaba el cierre de empresas...

Joan Mira estaba al borde de sus fuerzas: El pueblo continuaba en huelga y no parecía que los conflictos locales, nacionales y europeos fueran a solucionarse a corto plazo.

Sin embargo, o a pesar de todo, el esfuerzo de los responsables locales conseguía mantener el ritmo de los acontecimientos anuales y asimilar los cotidianos, buenos o malos, que se iban sucediendo: Luis Poveda y Santiago Beneyto fueron los Capitanes de los bandos Cristiano y Moro de las últimas fiestas. El tío Pepe "el Surdo" se desplazó a Mora de Rubielos para comprar madera con la que construir un nuevo castillo (que, por cierto, tardó varios años en terminarse). Se celebraron diversos actos en honor de Sor Piedad de la Cruz, fallecida el año

anterior. La agrupación de guitarras y bandurrias “El Cresol”, de nueva creación, continuaba con sus ensayos, el Patronato había fundado la Cooperativa León XII para facilitar la adquisición de alimentos y, desgraciadamente, se estaba produciendo una alta mortandad de vecinos por una epidemia de la gripe, a la que llamaban “l'alacrà” por la pigmentación oscura que provocaba en los que la padecían.

Joan Mira, su Corporación, y todos los que eran “alguien” en el Bocairent de la época, tenían una causa común e irrenunciable que les hacía sacar fuerzas de flaqueza y pelear con uñas y dientes contra las adversidades: Bocairent debía capear el temporal en aquel mar de las calamidades con los menores daños posibles.

Era su objetivo fundamental y estaban juramentados para cumplirlo. Querían pensar que todos aquellos males no eran más que un bache en el camino de crecimiento y prosperidad de los últimos tiempos, como lo evidenciaban datos como los siguientes: el último censo oficial había contabilizado 1.138 edificios, 3.971 habitantes, cuatro escuelas oficiales, una fonda, dos pensiones, una posada, un parador, un casino, cinco molinos, un Cuartel de la Guardia Civil con 11 Números y un Sargento, teléfonos y telégrafo municipal, y había entrado en funcionamiento una red de alumbrado eléctrico que, mal que bien y con muchas deficiencias, había supuesto un gran salto cualitativo en la modernización del pueblo.

No podían flaquear. La suerte les había situado en ese tiempo y en ese lugar y debían hacer frente a su destino.

Saliendo de estos pensamientos Joan Mira agitó la cabeza y pensó que había pasado un día más, y que **mañana. ¡Dios mío!, sería otro día**

Sexto acto

Me dicen que aquella tarde de invierno de 2013, Josep Vicent Ferre i Domínguez salió del Ayuntamiento bastante cansado. Había sido un día agotador y...

Pero no puedo decir porqué ni me atrevería a hacerlo. Esta, la de hoy, es una historia sin escribir o, mejor dicho, que se está escribiendo cada día.

Ayudemos en lo que podamos, exijamos generosidad y entrega y dejemos a los responsables que cumplan sus obligaciones...

1. *Abdel Aziz Fâtîm Ibn Abdel Rashîd : Sirviente del Poderoso e Inteligente, hijo de **Abdel Rashîd***

Epílogo y comentario final:

Un deseo:

Tampoco son estos los mejores tiempos y quizás convenga recordar a “las fuerzas vivas” (no me refiero sólo a la **autoridad reconocida**, aunque también a ellos) que su misión fundamental es conseguir que cada generación aporte “algo más” a la grandeza de Bocairent.

Hay muchos intereses privados o gremiales que no siempre son compatibles con el bien común. Por eso es fundamental que se recuerde la misión de la “**Auctoritas**”, entendida como el

conjunto de los que “pueden ejercer la autoridad” y de los que tienen capacidad de “influir” por su posición social, su cultura o su magisterio:

Es su obligación, la de todos, dejar el entorno urbano y el medio ambiente mejor que lo encontraron y, sobre todo, buscar nuevas causas comunes que cohesionen a la sociedad bokairentina, de forma que las nuevas generaciones estén más unidas de lo que lo estuvieron las anteriores.

No es mucho pedir....

¿O sí?

No se citan bibliografías porque **la narración es ficticia y “libre”**.

Los acontecimientos descritos no se corresponden a las fechas de la narración, aunque algunos de los nombres y parte de las citas sean reales, tomadas de fuentes solventes y/o de autores documentados, como Don Paco Vañó, Juliá Monerris y otros.

No es mi caso. Solo pretendo recordar algo de lo que pasó y fantasear sobre lo que no sucedió, pero que pudiera haber sucedido

- Seguro que Hulk, Ablón y Abdel Aziz Fâtin Ibn Abdel Rashîd existieron, pero con otros nombres y en otras circunstancias.
- Joseph Cerdá y Joan Mira sí que dedicaron gran parte de su vida a trabajar por Bokairent con mayor o menor fortuna.
- Se supone que todos ellos tenían conciencia de responsabilidad colectiva que iba mucho más allá de sus intereses personales.
- El Alcalde actual, Joseph Vicent Ferre está en ello...

José Luis Martínez Angel

De Aculliber